

x-rite

colorchecker CLASSIC

FA-2738

ROMANCES POPULARES MURCIANOS

POR DON JOSÉ MARTINEZ TORNEL.



I.

LA VIRGEN DE LA FUENSANTA.

I.

Introduccion.

¿Con qué nombre más hermoso
puedo empezar los romances,
que escribo para esta Murcia,
la del abundoso Táder,
que con el de esa Mujer,
de esa Virgen, de esa Madre,
alegría de la tierra
y Emperatriz de los ángeles?

En el nombre de la Virgen
empezaré mis cantares.

y su amor me amparará
cuando las fuerzas me falten.
En las glorias de la VIRGEN
DE LA FUENSANTA, más grandes
que las glorias fementidas
de los héroes mundanales,
para beber en la fuente
de la vida inagotable,
y dar unción á mi lengua,
quiero primero inspirarme.

Y si, tú, lector murciano,
de mi intento te burlares,
porque piensas que estas cosas
se dicen por hacer frases;
ó si dijeres que ahora
pretendo santificarme,
habiendo sido orador

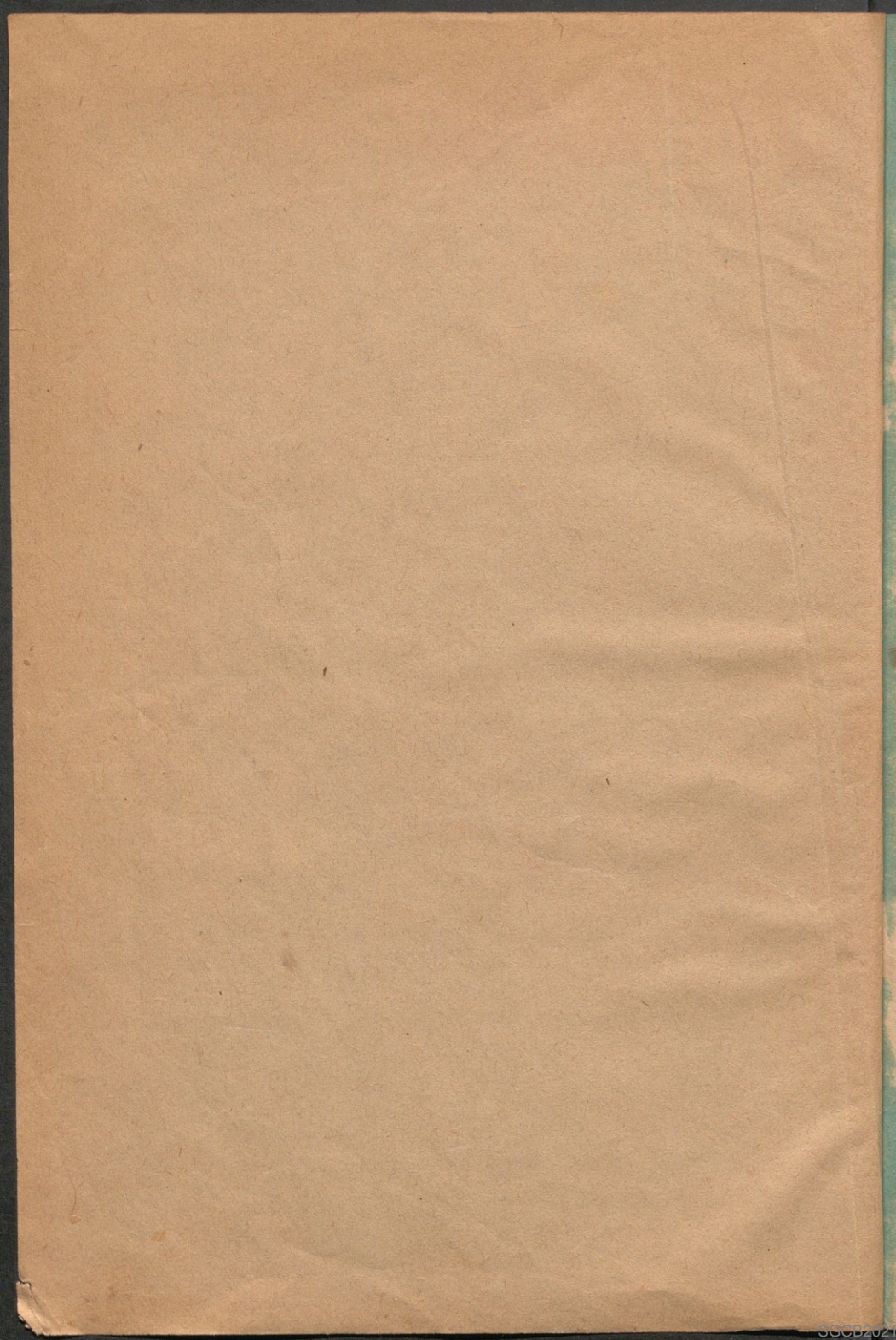
R.96758

mm

POESIAS

941.88

M



FA-2738

ROMANCES POPULARES MURCIANOS

POR DON JOSÉ MARTINEZ TORNEL.

I.



LA VÍRGEN DE LA FUENSANTA.

I.

Introduccion.

¿Con qué nombre más hermoso
puedo empezar los romances,
que escribo para esta Murcia,
la del abundoso Táder,
que con el de esa Mujer,
de esa Vírgen, de esa Madre,
alegría de la tierra
y Emperatriz de los ángeles?

En el nombre de la Vírgen
empezaré mis cantares,

y su amor me amparará
cuando las fuerzas me falten.
En las glorias de la VÍRGEN
DE LA FUENSANTA, más grandes
que las glorias fementidas
de los héroes mundanales,
para beber en la fuente
de la vida inagotable,
y dar unción a mi lengua,
quiero primero inspirarme.

Y si, tú, lector murciano,
de mi intento te burlares,
porque piensas que estas cosas
se dicen por hacer frases;
ó si dijeres que ahora
pretendo santificarme,
habiendo sido orador

R.96758

del club de los federales;
yo te digo, lector mío,
que lo que dices no sabes,
por que yo creo posible,
fácil y muy razonable,
créer en Dios y en el progreso
y en las santas libertades.

Además, lector incrédulo,
si tú no creés, crée tu madre,
créen tus hermanas, tus hijos,
y algun día ¡quién lo sabel!
si recibes de los hombres
los desengaños fatales,
que recibe la virtud
de este mundo miserable,
y hallas hastio en la vida
y en sus goces materiales;
y ves que todo es mentira,
todo efimero y mudable.....
tal vez al inmenso cielo
tus ojos secos levantes,
y te postres en el suelo,
y le reces á la imágen
de la Virgen, á quien reza
por tí tu piadosa madre.

Sí, porque la Virgen es
amparo de los mortales:
como madre, es cariñosa;
como esperanza, es amable;
como mujer es purísima;
como celestial, es ángel.
La Religion la figura
en símbolos terrenales:
en la palma magestuosa
que arrulla el viento suave;
en el cedro del Carmelo,
en la estrella de los mares,
en la oliva de los campos,

en la rosa más fragante,
en el ciprés más gallardo,
en la azucena del valle,
en el terebinto umbroso
y en la nube fecundante.

La VIRGEN DE LA FUENSANTA
es en Múrcia tierna Madre:
es agua para los campos,
y remedio de los males.
A ella invoca el labrador,
que en surcos la tierra abre,
cuando arroja la semilla
para que por mayo grane;
cuando recoge las mieses,
cuando florecen los arboles,
cuando la preciada oruga
fabrica el dorado estambre;
cuando furiosas corrientes,
abandonando sus cáuces,
saltan con horrible estruendo
por la valla de sus márgenes,
llevando en rugientes olas
á cuanto su paso ataje
la destruccion y la muerte
con ímpetu formidable:
cuando la epidemia mata
con sus miásmas letales,
cuando la planta extrangera
deshonra nuestros hogares,
cuando enferman nuestros hijos,
cuando lloran nuestros padres,
cuando la ciudad padece,
cuando la pátria decae.

Por tanto, Virgen hermosa
de la ribera del Táder,
vuelve á mí tus ojos bellos
para que tus glorias cante,
y diga cuándo viniste

á vivir en nuestros lares;
cuándo se alzó el Santuario
donde tienes tus alcázares;
cuándo fuiste generala;
cuándo en el monte amparaste
á aquella *Cómica* insigne,
que trocó galas y trages,
en la cueva misteriosa,
por penitentes sayales;
y, finalmente, engrandezca
la fé del pueblo constante,
que reza cuando *te lleva*
y canta cuando *te trae*.

II.

Historia de la Imágen.

Cuando vinieron los moros
y se entraron por España,
sin que el pueblo envilecido
el paso les atajara:
conquistadas yá Sevilla,
Málaga, Jaen, Granada,
y las mejores ciudades
de la andaluza comarca,
tambien llegaron á Murcia
las falanges musulmanas.

El cielo hermoso de Murcia
á los árabes encanta:
miran con torpe codicia
del rio las frescas aguas,
y al fin junto á las riberas,
que verdes murtas esmaltan,
para gozar las delicias
de tan regalada estancia

descansan los vencedores
de las continuas batallas...

Era entonces una aldea
Murcia como de cien casas;
un caserío pequeño
sin nombre y sin importancia;
y, á los pocos años, fué
una ciudad con murallas,
con magníficos palacios,
con moras torres caladas.

Para atravesar el rio,
hicieron puente de barcas
por donde está la plazuela
con ese nombre llamada.
En toda la estensa vega
tal cual mata verdeaba,
y por ellos fué jardín
lleno de sombra y fragancia;
pues las corrientes del rio,
con esa famosa fábrica,
que en honra de ellos subsiste
allá en la *Contraparada*,
por regaderas y acequias;
circularon como sábia,
desde el Javali á Beniel,
de Monteagudo á la Era-alta.

En la ciudad, levantaron
palacios, baños y aljamas:
donde está Santo Domingo
y el Convento de las Claras
tuvo el rey moro un serrallo
y un palacio que llamaban
Darajarife en la lengua,
que dicen *zarabatana*.
En la *plaza de Cadenas*
la árabe mezquita estaba,
que era así como una ermita
donde los moros rezaban:

y, por la parte del norte,
hacia donde está la plaza
de San Agustín, el barrio
estaba de la Arrijaca,
donde vivía llorosa
la vencida grey cristiana.

Lo ménos seiscientos años
fué Murcia emporio y alcázar
de los hijos de Mahoma,
que su vega cultivaran;
hasta que, en el siglo trece
de nuestra era cristiana,
D. Jaime el Conquistador
con lucida cabalgata,
después de terrible lucha,
en que su hueste triunfara,
entró por las *Siete Puertas*
en la ciudad veneranda,
que estaban donde está hoy
la Plaza de Santa Eulalia.

Apenas entró D. Jaime
en esta ciudad morisca,
con sus nobles caballeros
se dirigió á la mezquita,
á la cual, Pedro Nolasco,
que iba en la real comitiva,
purificó con sus rezos
y con el agua bendita.
Y, donde estuvo el Koran
como evangelio y reliquia,
se puso luego á una Virgen,
que el rey D. Jaime traía;
y en el altar, adornado
con banderas enemigas,
llorando los caballeros

y estando el rey de rodillas,
el Santo Pedro Nolasco
dijo la primera misa.

Aquella Imágen hermosa,
que en Murcia se aparecía
como la luna cristiana
sobre la luna morisca,
es la misma que se adora
como divina reliquia
del monte de la Fuensanta
en la magnífica ermita.

III.

El Santuario.

La fuente que hay en el monte
brotaba en la piedra viva
y, saltando los peñascos,
por la arena se extendía,
formando en aquella rambla,
que hay entre las dos colinas,
un sitio para el verano
fresco y de sensual delicia,
por la bondad de las aguas,
de alivio y de medicina,
y por lo apartado y solo
de dulce melancolía.
Allí llevaban los moros
de los muertos las cenizas,
para esperar la ventura
de sus eternas delicias,
cubriéndolas con las flores
silvestres que allí se crían.

Más, cuando el rey de Aragon

D. Jaime el de las Conquistas,
sobre la aljama de Murcia
puso la cruz bendecida,
cerca de la *Fuente-santa*,
que así los moros decían,
en las quiebras de las peñas,
ó en pobres toscas celditas,
se vieron llorar sus culpas
penitentes eremitas.

Después, y sobre la Fuente,
se hizo una pobre capilla,
utilizando los pinos,
que aquel monte producía;
y cuando tuvo la Virgen
en ella mansion tranquila,
fue la deidad poderosa
que con su diestra purísima
bendijo el monte, el collado,
la rambla, la pobre ermita,
y nacieron por encanto
almendros, rosas magníficas,
olivos, que luz producen,
palmas que el aire acaricia.
Desde entonces la *Fuensanta*
es santa por que destila
en el raudal de sus aguas
las celestiales carismas.

Murcia tiene allí un tesoro
y como tal le vigila:
la ciudad, Ayuntamiento,
la iglesia catedralicia,
los nobles, y el pueblo todo,
en honrarla rivalizan.
El Ayuntamiento cede
el terreno de la ermita
y las aguas de la fuente,
y su culto le dedica.
Los obispos la bendicen
y le conceden franquicias:

sus humildes camareras
son damas nobles y ricas
como las Contreras, Fontes,
de Zambrana y de Medina:
de los Padres Capuchinos
es tradición antiquísima,
llevarla sobre sus hombros
cuando sale, ó va á su ermita.

Así, adorada de todos,
patrona siempre propicia,
la VIRGEN DE LA FUENSANTA
es nuestra Madre querida.

IV.

La cómica de la Cueva.

Es en la historia de Murcia
el mas feliz de los siglos
el diez y siete; por siempre
digno de quedar escrito
con eternas letras de oro
en los murcianos archivos.
En él escribió Cascales,
si no la historia, un gran libro;
en él Polo de Medina
bajo los bosques umbríos,
que en su casa de Espinardo
tiene el Marqués nobilísimo,
de los ilustres Fajardos
descendiente esclarecido,
escribió sus *Academias*
y cantó versos magníficos;
en él Saavedra Fajardo,
que es el genio de su siglo,
honra á España y honra á Murcia
que á España dá tales hijos;

en él muere Perez de Hita,
de Mula ingenio clarísimo,
murciano Ercilla en la guerra
de los rebeldes moriscos;
y en él se levantan templos
y suntuosos edificios,
como el *Contraste*, *Almudí*
la *Lonja* y otros antiguos.

En veintitres de Febrero
del año diez de ese siglo,
el Señor Diego Valcárcel
hizo presente al Cabildo,
cómo Francisca de Gracia
y Juan Gomez, su marido,
solicitaban licencia
para retirarse al sitio,
que llaman de la *Fuensanta*,
la cual les fué concedido.

Venian estos esposos
vestidos de peregrinos,
y eran, por lo que después
se averiguó de su oficio,
dos famosos comediantes
de mucho nombre y ruido.

Llegando al monte, eligieron
el incómodo retiro
de una cueva al pié del monte
del Santuario bendito.
Ciñóse ella de sayal,
y sus galas y vestidos,
que eran muchos los que trajo
y todos ellos riquísimos,
á la imagen de la Virgen
los ofreció con cariño:
y dos mil ducados, que eran
los ahorros de su oficio,
los empleó en restaurar

de la Virgen el asilo.
Cuadros, joyas, ornamentos,
paños de lienzo finísimo,
de todo trajo la cómica
al retirarse del siglo.
Como azucena del valle
fué Francisca en su retiro;
como la paloma que hace
entre las breñas su nido.

Veintiocho años llevó
de soledad y silencio,
y al cabo de aquella vida,
dispuso el cielo benigno
concederle la corona
que guarda á los escojidos.
Por venir al Hospital
dejó Francisca el retiro,
y en él, auxiliada el alma
por un padre capuchino,
la comedianta famosa
dió su postrimer suspiro.

V.

La generala.

Al grito de guerra á muerte
del pueblo del *Dos de Mayo*,
como españoles valientes
contestaron los murcianos:

A las puertas de la *Casa*
de la Ciudad van llegando
sacerdotes, caballeros
y la gente de los barrios,
en el día treinta y uno
del florido mes de mayo,

de mil ochocientos ocho
por la mañana temprano.

El pueblo está conmovido,
furiosamente gritando:
«¡Muera el extranjero!--¡Guerra
al francés!--Viva Fernando!
y en todo el ancho Arenal,
y en todo el extenso Plano
resuenan gritos de guerra
contra el francés temerario.

En esto, de San Francisco
se vé salir un anciano,
que viene al Ayuntamiento,
abriéndole el pueblo paso;
al cual saludaban todos,
y alguno dijo á su lado:
—¡Que viva Floridablanca,
honra del suelo murciano!»

Conforme bajaba, el pueblo
iba detrás escoltándolo,
y él departía con todos
en dulce y amable trato.

Llegado al Ayuntamiento
subió al popular estrado,
donde estaban reunidos
los de la Junta esperando.

Nadie supo lo que allí
trataron, ó no trataron;
mas al poco, en el balcón
principal, se vió al anciano,
que de este modo habló al pueblo
en nombre del amor pátrio:
—«Murcianos, ilustres hijos
»de los bravos castellanos,
»que por nobles y leales
»recibisteis en legado
»las venerandas entrañas
»del rey D. Alfonso el Sábio,
»hoy la pátria está ofendida
»por negra traicion y engaño

»y es necesario morir
»por honra y pátria luchando.
»¡A las armas! ¡Al combate!
»déjense estevas y arados,
»y solo el hierro homicida
»agiten los fuertes brazos.
»Para salir á la lucha,
»para morir peleando,
»y para perder la vida
»como españoles cristianos,
»no teníamos general
»á quien conferir el mando
»y lo hemos dado á la Virgen
»de la FUENSANTA, murcianos.
»¡Viva nuestra generala!»
—¡Viva!—el pueblo entusiasmado,
contestó lleno de fé
y alzando al cielo las manos.

Desde la *Casa del pueblo*,
por la plaza de Palacio,
hasta la Catedral, hay
dos hileras de soldados.
Los regidores y ugieres
van por entre ellos llevando
delante el pendon de Murcia
y el estandarte sagrado:
en medio va un caballero,
que sostiene con sus manos,
en azafate de plata,
la faja y baston de mando,
que del general Heceta,
recibió D. Pedro Llanos,
su brigadier, para hacer,
en aquel solemne acto,
entrega á la *generala*,
poniéndolos en sus manos.

En presencia de la Virgen,
Floridablanca llorando,

dió un viva que resonó
 por las naves y los cláustros,
 y el pueblo le contestó
 ante el altar prosternado.
 Himno entusiasta de guerra
 se oyó tocar en el órgano:
 hicieron nutridas salvas
 en la calle los soldados;
 y cuando anunció *la Nona*
 suceso tan grande y fáusto,
 al clamor de la ciudad
 contestan los campanarios.

VI.

¡Al monte! ¡Al monte!

Si te vieras conmigo
 al monte, niña adorada,
 cuando se llevan la Virgen,
 que sale nublando el alba;
 si no hubieres ofrecido
 el ir andando y descalza,
 como tienes de costumbre,
 siempre que te pones mala,
 tomaremos, si tú quieres,
 una lijera tartana
 de las que hay aquí en el Puente,
 ó allá en el Cármen se paran.

Iremos por el camino
 cantando alegres tonadas,
 y admirando de la Huerta
 las flores, frutos y plantas.
 Cuando lleguemos al monte
 tomaremos la mañana,

yá con sabrosos buñuelos,
 yá con fresca limonada;
 y esperaremos la Virgen
 en la puerta de la casa,
 que dicen del Labrador,
 á la sombra de la parra.

Allí, te compraré almendras,
 y torrados y avellanas;
 flores, para tu cabello;
 para tus manos, albaca;
 y, si tus lábios se secan,
 anisitos para el agua.
 Y, cuando suba la Virgen
 á su bendita morada
 por la cuesta peligrosa,
 si quieres acompañarla,
 rezando el santo rosario,
 como tu madre te encarga,
 también subiré contigo
 hasta las benditas gradas,
 llevándote de la mano,
 no tropieces y te caigas.
 Y, cuando esté en el altar
 la VIRGEN DE LA FUENSANTÁ,
 de ella nos despediremos
 con una salve rezada;
 y, ántes que el sol suba mucho,
 que entonces quema la cara,
 sin pararnos en los bailes
 de malagueña y parrandas,
 donde están las castañuelas
 con un repicar que rabian;
 tú, con un tallo de olivo
 que cortaré de una rama,
 y yó, que me haré un baston
 con un pedazo de caña,
 pasando por Aljezares,
 nos volveremos á casa.

II.

EL CANTON MURCIANO.

I.

El año sesenta y ocho
vino la revolucion,
no porqué la trajo nadie
sinó porqué quiso Dios.

En el nacer fué una aurora,
que anunciaba un nuevo sol,
una esperanza halagüena,
que desengaño murió.

Avido, á su llamamiento,
acudió el pueblo español,
que estando mal, como siempre,
quiso estar algo mejor;
pero, aunque palmas y flores,
á su paso le sembró,

y dijo «viva» y «abajo»
y gritos de este tenor,
ella, sí, le ofreció mucho,
pero nada le cumplió.

—«Abajo las quintas, dijo,
y tanta contribucion,
abajo el papel sellado,
el privilegio, el favor,
los consumos, el estanco
y la centralizacion:
derechos individuales,
derecho de voto y voz,

derechos ilegislables.....
y ninguna obligacion.—

Tanto pidió el pueblo hispano
á aquella revolucion;
y, por si no se lo daba
por buenas, corrió veloz
y las muestras estanqueras
malamente acuchilló.

Retratos de cierta gente,
sin temor expanzurro,
y las coronas de yeso,
y aún las que halló de carton,
las hizo dos mil pedazos,
lleno de saña y furor.

Las calles de las ciudades
varió de rotulacion;
hizo una cancion patriótica
con unas coplas *ad hoc*;
y, después de cinco días
de trabajo de pulmon,
satisfecho de su obra,
en el sexto descansó.

Tal fué, por lo que hace á Múrc
aquella revolucion,
que además nombró una junta
de la nata y de la flor.

Aún parece que estoy viendo
la militar procesion,

que por el Ayuntamiento,
marcialmente desfiló.

Los menos iban armados,
mas sin aspecto feroz,
yá con trabuco de chispas,
yá con pistola de arzon.

Ibamos muchos formando,
cada cual de su color:
junto á la levita negra
el *petarlé* de algodón;
con la montera de felpa
el sombrero de castor;
y, cerca del que lucía
rica bota de charol,
el que calzaba esparteñas,
atadas en el garrón.

Tal fraternidad, tal gusto,
presidió en la procesion,
que, aquel dia, aquel tan solo
debiera valer por dos,
parando el sol su carrera,
la tierra, si anda el sol.

¿Quién, mirando los semblantes
de aquel pueblo bonachon,
pudo haber adivinado,
que la discordia feróz
se sembró allí la semilla,
que dió el fruto del canton?

Pero así fué: y á contar
que después sucedió,
no culpar á nadie,
ni menos como haría un delator:
para que aprenda ese pueblo,
quién pertenezco yó,
de la libertad y el órden
todo lo que es razon
se salva, ni defiende,
ni tal nombre, ni tal voz,
del presente romance
de go, y á la paz de Dios.

II.

La Cruz de Miravete.

Ya và el batallon de Reus
á la Cruz de Miravete,
en busca de un cabecilla
que le llaman Antonete.

(Cantar popular.)

En la sierra que circunda
la ancha extension de la vega;
por la parte que en Diciembre
sale el sol entre las nieblas,
hay una cruz en un pico
que las águilas frecuentan.

Rotos los abiertos brazos
de aquella cruz de madera,
y esparcidos por el suelo
los ramos de flores secas,
que en otro tiempo cogieron
las mozas de Torreagüera,
está la cruz tan sombría,
que parece que se queja,
cuando el viento impetuoso
en su pedestal se quiebra.

Hay allí manchas de sangre
sobre las enhiestas piedras,
y algunos negros girones,
restos de fatal bandera.

Es la cruz de Miravete,
es esa cruz que recuerda
á Murcia dias terribles,
de dolores y de penas.

¡Cuántas madres, al mirar
hácia la cruz de la sierra,
lloran, recordando al hijo,
que vive en lejanas tierras!

¡Cuántas esposas suspiran,
y cuántas jóvenes secan
las lágrimas silenciosas
en sus mejillas morenas,

al contemplar aquel monte,
 en cuyas ásperas cuevas
 murió el esposo, el amante
 de sus caricias primeras!

¿Quiénes son esos valientes,
 que la cruz bendita cercan
 y juran morir allí,
 al lado de su bandera?
 ¿Qué voz es la que les llama?
 ¿Qué pensamiento, qué idea,
 en la Cruz de Miravete,
 con las armas les congrega?

Yo no lo sé, ni ellos mismos
 es seguro que lo sepan.

No son viles asesinos,
 ni ladrones, ni siquiera
 partidarios, son fanáticos
 de un hombre, no de una idea.

Poco guerrero es el traje,
 que los insurrectos llevan:
 anchos zaragüelles blancos,
 apenas cubren sus piernas;
 corto jubon rameado,
 sobre calada pechera,
 deja descubierto el pecho,
 que cruza la cinta negra
 del rosario bendecido,
 que es reliquia y bandolera;
 calzan delgado alpargate,
 que blancas cintas sujetan,
 sobre la pierna desnuda,
 ó la ceñida calceta;
 faja encarnada les sirve
 de cinto y de cartuchera,
 y de sombraje y adorno
 el gran sombrero con felpas.

Armas: la boca de fuego,
 generalmente escopeta;

y una nabaja enmohecida
 con el cabo de madera.

Ayer estaban labrando,
 ó aventando allá en las eras,
 y, hoy, la Cruz de Miravete
 les sirve de fortaleza.

Tal vez alguno, mirando
 desde allí la hermosa huerta,
 vé su barraca escondida
 entre las ricas moreras,
 y á su mujer que está hilando
 áspera estopa en la puerta,
 y á sus hijos pequeñicos
 desnudos que á sus pies juegan.

Vé en el pesebre las vacas
 sin comer y macilentas;
 los banales de hortaliza
 secos, por que él no los riega;
 y á aquella mansion alegre,
 aquella dulce vivienda,
 donde las aves acuden,
 para cantar en la siesta,
 triste, silenciosa, oscura,
 como si encantada fuera.

Entonces, entre sus párpados,
 nace una lágrima incierta,
 que al cabo surca su rostro
 y sobre el monte se seca:
 mira la Cruz, árbol santo,
 que á nadie su sombra niega;
 y, cuando á arrojar al suelo
 iba su torpe escopeta,
 oyóse por el camino,
 que conduce á Torreagüera,
 de un batallón de soldados
 las militares cornetas:
 dióse un viva á la República,
 por una voz fuerte y seca;
 y con esto, aquel huertano
 que iba á tirar su escopeta,

sin pensar en su mujer,
ni en sus hijos, ni en su huerta,
hizo fuego, como un héroe,
al amparo de una piedra.

III.

Días tristes.

Por la puerta de Orihuela,
dicen que quieren entrar
los que han puesto en Monteagudo
la bandera federal.

Una pareja de guardias
custodia allí la ciudad,
para impedirles el paso,
y no dejarlos entrar.
Los que esperan son los menos,
los que vienen son los más:
¿Quién sabe, dice la gente,
lo que allí sucederá?

Rompen los guardias el fuego,
y al estampido mortal,
los que vienen se dispersan
y casi todos se van.
Unos pocos, muy contados,
no imitan á los demás
y quédan haciendo fuego
al lado del capitán.

—«Adentro vamos» dice este,
y comienzan á marchar,
haciendo fuego á los guardias,
que yá en las casas están.

Entre una nube de balas,
van entrando en la ciudad;
y la calle de Orihuela,
que es de amargura mortal,
yá han regado con su sangre
los que querían entrar.

Al llegar á la plazuela
de Santa Eulalia, yá van
muchos heridos; y solo,

amparado en un portal,
se defiende el cabecilla
del fuego, que sin cesar
le hacen desde los terrados
de aquella calle del Val.

Dióle un tiro en la chaqueta,
otro en la bota le dá;
cerca dél un primo hermano
está yá para espirar.....
mas, al fin, por los atajos
se introdujo en la ciudad,
que estaba atemorizada,
con aspecto sepulcral.

¡Qué horror!-La ciudad sagrada,
perdida su dulce paz,
es un campo de batalla,
donde matándose están
paisanos contra paisanos
con un furor infernal.

Los libres algezareños,
aquellos, que años atrás,
cuando verdaderamente
sufrió la libertad,
quemaron la inquisición,
y al inicio tribunal
disiparon como el humo,
que para siempre se vá,
aquellos valientes sufren
allá por San Nicolás,
el fuego de los terrados
de la calle del Pilar.

Del Puente al Ayuntamiento,
cruzan el bello Arenal,
con las fraticidas balas,
gritos de rabia y pesar.

Una mujer en el Puente
es yá cadáver glacial;
un hombre está agonizando

en la ermita del Pilar:
 por todas partes heridos.....
 y aún es tal la ceguedad,
 que, cuando suenan las doce
 y en la Santa Catedral,
 con el *campanon* sonoro
 dan la señal de rezar,
 «¡Fuego!» dicen los heridos,
 «¡Fuego!» «¡Fuego!» y nada más.

Pasa la tarde, y la noche
 pavorosa viene ya:
 entre las densas tinieblas
 se sepulta la ciudad;
 ni los faroles se encienden,
 ni el cielo quiere alumbrar:
 y, después de aquella noche
 de miedo y soledad,
 cuando el sol por el oriente
 rasgó el rosado cendal
 de la matutina aurora,
 no vió el cielo nada más
 que algun cadáver ya frío
 tirado por la ciudad.

IV.

**La entrada triunfal.—
 La Guardia civil.**

Toda la gente de Murcia
 hacía el Puente se encamina,
 un domingo por la tarde
 de no recuerdo qué día.

Con la rapidez del rayo
 ha corrido la noticia
 de que llega aquella tarde
 el célebre cabecilla,
 que nombran en los cantares,
 y cuya historia está escrita
 con caracteres de sangre

de Miravete en la cima;
 y el pueblo entero de Murcia,
 por miedo, ó con alegría,
 quiere recibir al héroe
 y saludarle con vivas.

¡Qué inquieta la multitud
 espéra en las avenidas
 y á la sombra de los árboles
 del camino de Alquerías!
 ¡Qué gritos más descompuestos!
 ¡Qué frases más subversivas!
 ¡Qué alabanzas más grotescas!
 ¡Qué espresiones más indignas!

Al fin, el pueblo embriagado,
 un momento se apacigua:
 «¡Ya viene!» dicen algunos,
 y todos clavan la vista
 en un hombre que montado
 en una jaca tordilla,
 con un muchacho á la grupa,
 por el camino venia.

Una muchedumbre loca
 formaba su comitiva,
 respirando el seco polvo,
 que con sus pies removia,
 y que el viento levantaba
 en oleadas densísimas.

Cuando llegaron al Puente
 el hombre y su comitiva,
 de tal manera el gentío
 al caballo se aproxima,
 que andar no puede y se para
 y en tanto los roncós vivas
 son tan intensos que se oyen
 en la Puerta de Castilla.

No de otra manera entrara
 en la capital admira
 el Príncipe Alonso, hijo
 del Santo Rey de Castilla.

Mas, para que allá en el Puente
hubiera tal alegría,
salió la Guardia civil
despreciada y ofendida,
huyendo de la República
que la declaró enemiga.

V.

Beniajan y los Garres
y Torre-agüera. ...
¡Vaya tres lugariquitos
si el rey los viera!
(Cantar vulgar.)

Beni-Ajam es nombre moro;
Garre vetusto apellido;
Torreagüera no es torre,
ni á nadie dá mal aviso.
Entre tres pueblos, situados
entre la sierra y el rio,
que, si el rey llegara á verlos,
como dice el cantarcillo,
es seguro, ¡yó lo creo!,
que vendria algun domingo
a echar un juego de bolos
con los mozos del partido.
La autoridad superior,
en tres pedáneos distintos,
de los tres tienen su *rabo-
carde*, como es preciso,
se *arrempujan* en los casos
de elecciones y subsidios.
Hay tambien otro poder,
que es de derecho divino,
del cura, indiscutible
en las cosas de su oficio;
nada más. Allí existen,
no en tiempos primitivos,
los costumbres patriarcales
y sus encantos purísimos.
Comprar y vender la seda;

sembrar y coger el trigo;
segar las lozanas copas
de los esbeltos panizos;
plantar la rica hortaliza;
cuidar el tierno cabrito;
cubrir de pollos las eras;
secar los verdosos higos:
del abundante verauo
guardar para el rudo frio
granadas, melones, uvas,
leña, judías, panizo;
y, en fin, vivir de la tierra
con el constante cultivo,

En esos pueblos felices,
donde jamás se oye un tiro,
existió el Canton Murciano,
si es que el canton ha existido.
Existió en fraternidad,
en placer, en regocijo;
y después, cuando salió
de este pequeño recinto,
y en el mar de Cartagena
dió sus infamantes gritos,
yá fué crimen, fué ignominia,
fué borrasca y torbellino,
que arrastraron por el suelo
del pueblo español los limpios
blasones, que nadie mancha,
si no son sus propios hijos.

Mientras el canton murciano,
en Miravete nacido,
fué de los hijos de Murcia
bandera y grito exclusivos;
en verdad fué una locura,
un ciego y torpe extravío;
pero no fué criminal,
no fué ladrón, ni asesino.
—«Los hombres son responsables
de sus actos»—es muy fijo;
pero empezad por arriba,

empezad por los ministros,
 por la autoridad que vende
 su dignidad y prestigio,
 por quien reparte cañones,
 como si fueran destinos;
 por quien no sabe morir,
 y artero, medroso, inícuo,
 hombre de hielo en el cráter,
 ni aún advierte el precipicio.

¿Qué es la Cruz de Miravete
 en el inmenso conflicto
 del poder abandonado,
 del ejército perdido,
 de la religion violada,
 de las naves sin marinos,
 de una sociedad cobarde
 que le asusta cualquier grito,
 y de un pueblo indiferente
 que mira llegar tranquilo
 los días de los horrores,
 de vergüenza y de ludibrio?

¡Nada! la gota de agua
 en el mar embravecido;
 el pobre grano de arena
 en los arenales líbicos.

VI.

La Emigracion.—El trabajo es la virtud.

A la orilla de un brazal,
 bajo la sombra de un álamo,
 estaban tres de la huerta,
 la otra tarde, platicando.

El uno, haciendo cordeta,
 llevaba arrollado al brazo
 el trenzado desigual
 del producto del esparto;
 otro hacia una esparteña
 con una *almará* sin cabo;

y el otro, que era el notable,
 el más gordo y el más largo,
 con papel de la chapina
 y con *juerte* del estanco,
 como la pata de un cherro,
 estaba haciendo un cigarro.

Hablaron de los bancales,
 de la sequia del año,
 del *agua de gracia*, rentos
 y abusos de los perráneos;
 y de este modo se fué
 la discusión enzarzando
 hasta que de la política
 se entró en el inmenso campo.

—Yó, dijo el de la esparteña,
 estoy ya *desengaño*
 de la *pulitica* *pórque*
 me *paece* que soy muy asno.

—*Pos* nó, señor; dijo el otro,
 que hacia cordeta... vamos
 á que el hombre *tié* su ley,
 su reconcomio en el *amago*,
 y, el decir: «Me *güelvo* atrás»
 es dar un golpe muy malo.

—Pero si el *probe* no *alanta*
ná con esto del sufragio.

—¡Porqué en *toavía* no ha *existio*!

—*¿Pos* y lo del otro año?

—Sufragio y tiros son cosas
 como de perros y gatos.

Por tal estilo seguian
 en el político diálogo,
 cuando el fumador de *juerte*,
 que los estaba escuchando,
 les habló de esta manera,
 después de coger por bajo
 de las corvas, los calzones,
 que le venian muy anchos:
 —Caballeros, anteayer
 pasé yó casi tocando

en las *parés* de aquel huerto,
que de San Blas es *llamao*;
y, lo que *sucé* á cualquiera,
metí en mi pecho la mano,
y empecé á *reflexionar*,
que hay un hombre *desgraciao*,
por esos mundos de Dios,
comiendo un pan muy amargo.

«Tomé á la mano derecha,
subí, y me asenté en lo alto,
por *hincia* aquel cornijal,
que llaman *el Avellano*;
y *dende* allí contemplé
el huerto, que estaba abajo,
á la luz del sol poniente,
lo mesmo que un *camposanto*.
No *vide*, como otras veces,
en el *pisebre* al caballo,
ni las cabras y borregos
con los cabritos jugando,
ni los montones de paja,
ande estaban los marranos,
(hablando conmigo solo)
lo *mesmo* que *deputaos*;
ni aquel *trimurto* de pollos
que daba envidia mirarlos;
ni las garberas de leña,
ni los costales de grano,
ni, en fin, aquella alegría,
qua hay en las casas de campo,
cuando el amo las dirige
y Dios bendice el *trebajo*.

Pos bien; aquella desgracia
¿quién direis que la ha *causao*?

—El *ese* de la *pulitica*,
que es un veneno *mu* malo,
y que *arrobina* á los hombres
cuando se mete en los cascós.

Lo primero es lo primero,

que es buscar en el trebajo
el pan nuestro de *cá* día,
pa vivir bien-*desahogao*;
y que otro arregle este mundo,
ó lo arregle *El de lo alto*
que es el que *udia* de *toó*,
cómo de la hoja del árbol.
«Yo... retozar... *pa* que un día
tenga que salir picando,
y dejar á mi mujer
y á mis hijos sin amparo...
y que mi casa se *queé*
como San Blas se ha *queao*
y que yó, un hombre de bien,
que á *nenguno* le hecho daño,
tenga que emigrar á Orán
á dejarme pelos largos,
y á vivir *toa* mi vida
con moros y con gabachos,
sin comer de los melones
que le dicen franciscanos,
ni ver crecer la palmera,
que mis agüelos plantaron.....
no estoy por eso, el que quiera
puede levantar el gallo
que yó me *queo* en mi casa
á cantar el *aguilando*.»

—Así dijo el hombre gordo;
los otros no contestaron;
pero fué tal impresion,
que les produjo el relato,
y tan tristes los recuerdos
en el momento evocados,
que la *almará* y la cordeta
les cayeron de las manos,
y llenos de compasion
se quedaron como estáticos,
meneando la cabeza
para arriba y para abajo.

III.

EL BUSANO DE LA SEA.

(LENGUAJE DE LA HUERTA.)

PREMIADO CON LA FLOR NATURAL,

EN LOS JUEGOS FLORALES DE 1874.

I.

—El busano de la sea
se esmangarrilla ensegúa,
si no se le dá tóo el cudío
que el alimal nesecita;
y sa mester, caballeros,
al fin y á la prepartia,
que los que hamos estudiao
la gramatica latina
esperfollemos los libros
y espicacemos la Biblia,
pa fin de dar con el ese
que al busano dá esa inquina,

que mos deja sin cosecha
y por tanto sin comia.
Porqué, es claro, los panochos
no entendemos de pulítica,
y no hay mas Dios que los tolmos
pa rebuscarnos la vida:
y como el trigo en la huerta
es malo y de poca harina,
y ainda mas hay que quemallo
en cuanto acaba la trilla;
y el pimientto está tirao
porque en Múrcia lo frabican
con una tierra que sacan
de no se sabe qué mina;

y hasta el probe tomatiquio
y hasta la calabaziquia
no sirven pa zarangollo
porque en Múrcia no se estila;
sólo en la sea tenemos
el pan nuestro de ca dia.

Mas, como la sea estos años,
dende que el tren nos vesita,
se pierde toa, y queamos
tocándonos la barriga,
sa mester poner remedio,
pero corriendo, ensegua,
y meterle bien los deos
al mal que nos crucifica.

La sea viene perdiéndose
porqué el busano se inquina,
se reula entro los zarzos
y se muere panza-arriba.

¿Pos qué le pasa al busano?
dice la gente asustaizá;
y el busano no responde
ni siguiá una palabriquia.

Pos ya que el busano no habla,
porque hombre muerto no chilla;
yo us diré lo que le pasa,
que tóo aquí se desplica.

Es que el busano está malo,
empenalizao, y con tirria,
porqué lo han tratao mal
dende la primer dormia,
muncho antes, dende que al mudo
vino el jorma de boliquia.

La simiente la trátas
como una cosa perdia,
la meteis entro del arca,
y allí le encajais encima
los zaragüelles, la manta
morellana y la otra fina,
la canana con cartuchos

y las senaguas de viras;
y la simiente está ahogá,
y se le seca el agüiquia,
ande se mantié el busano;
que la simiente aunque chica,
es lo mesmo que los güevos
que calientan las gallinas,
y si los güevos dan pollos,
busanos aquella cria.

La simiente la pondreis
ande haya mucha ventila
esparramá en cernaores,
ó en una jarra metia:
ande no haya olor á istiercol,
ande no se pudran crillas;
que no tenga azarbe cerca,
ni regaeras corrompías,
porqué los malos olores
á cualquiera prejudican.

Si juera caso de peste,
ó estuviera acometia
de calenturas la casa,
hay que sacarla á toa prisa,
porqué si las calenturas
güelan como las avispas,
y á las presonas se agarran
como pantasma malinas,
á la simiente tambien
le tocará su chiniquia.
Ya he dicho que la simiente
de las palomas es hija,
cuando la paloma macho
cevilmente se encapricha;
y como los hijos sacan
de los paeres las maquilas,
es mester que las palomas
estén muy blancas y limpias,
sin una mancha en las alas
y con ojos que echen chispas,

aunqué las mejores tienen
cierto viso de pardiñas.

Pa revivir el busano
se echa en una cáuza limpia
de esparto seco y picao
la simiente, y se le aviva
con el calor presonal
de alguna presona misma,
que esté sana, que no tome
enjuagues, ni medecinas,
y no le güela el sudor
como á Perete Cosquillas.

Cuando yá sale el busano.
dentro de la cáuza misma
se echan hojas de morea
de las más finas, más finas,
porqué como es pequeniquio
no tiene dientes tavia,
y la hoja tierna es lo mesmo
que si le dieran papillas.
Entonces se abrigará
con el sol de medio dia,
sin ponerlo al rechichero,
porqué entonces se encorvilla;
se huirá de que el aire frio
le arremeta una embestia,
que es lo peor y más malo
que pué pasarle en su vida.
Algunos por alantarlos
los tienen al sol too el dia,
y eso daña á los busanos,
y pa eso cuando el sol pica.
Un caloriquio suave
el busano necesita;
por eso ni mucho sol,
ni esas tumbreas que atizan
en las barracas algunos
les aprovechan ni pisca:

Con un marómetro güeno,
que es lo que ahora se estila,
hasta los zagales saben
de las cosas mas centificas,
y miden, hasta por deos,
el juego que se la aplica.

El busano, méntres vive
sólo hace cuatro dormias,
y duerme con calentura,
y no come, ni se enclina,
y está muy mal humorao.
en elis, como la pulítica.

No he leio en nengun libro,
ni tampoco en la cartilla,
la moa é meter los deos
al busano en las dormias:
el mas sabijondo no habla
ni siquiá una palabriquia,
cuando *al dormir de las tres*
el busano se encorvilla;
y es una muerte dejar
el suor y las fatigas,
que representa el busano
pa tirallo á la bardiza.

Cuando se emperra el busano
en circunstanCIAS tan créticas,
lo mejor es oreallo,
si nó son muy malos dias,
quitalle el lecho caliente,
alegrarlo con hojiquias
frescas, que esté ancho en los zar-
(zos

y mu poco de comia;
que si al busano le sale,
de calidá el ser seista,
él se subirá á los frailes
á hacerse la capilliquia.

He arrematao de busanos;
ahora se necesita
que lus dé algunos consejos

atento de la comia.
 Cuando cobreis el capillo,
 ir á la pasteleria
 y comeros media ocena,
 ú lo que us coja en la tripa,
 antes que pagar el rento,
 ni dalle á náide noticia;
 porqué el probe, que es mas probe
 que las ánimas benditas,
 si, cuando tiene oblonas,
 él mesmo no se convia,
 muere harto de pimentones,
 de tomates y sardinas,
 pegando un esclavejio
 que ni el ólio nesecita.

A emás no tendais la cola
 remaniente á la pulítica,
 porque las rebulliciones,
 trastornos y tremolinas,
 pa algunos son entruchaos,
 pa el probe siempre palizas.

Conque á criar los busanos,
 á cudiar las hortalizas,
 y el domingo á echar un truque,
 ó una mano á la manilla.

II.

La hilandera huertana.

—Hombre, me he queao prendao
 del trato de aquel francés;
 mentres estuve en el cuarto,
 platicando yo con él,
 se tomó de una reoma
 cuatro juentes de café;
 y «asiéntese vú señor»
 me dijo mas de una vez;

y yó, con la monterica
 en la mano, me asenté
 en un sillón, que se hundia,
 sin poderme mantener.
 —¿Qué querre V. caballero?—
 me dijo luego después,
 y yó, al oír caballero,
 por tóo el cuarto miré,
 á ver si veia á anguno,
 mas á naide pude ver,
 por que el caballero era
 este servidor de V.
 Como la hoja en el árbol
 eché á temblar con mi aquel,
 y me pondria, de fijo,
 mas blanco que la paré:
 la saliba me se puso
 mas espesa que la pez,
 y una gota de sudor
 me cayó en el zaragüel,
 no digo que como el puño,
 pero sí como una nuez.
 Estuve cinco minutos
 delante del hombre aquel,
 rascándome en el cocote
 y un pié sobre el otro pié;
 hasta que echando por medio
 y sin nengun paripel
 le dije de esta manera,
 después de ponerme en pié,
 por que aquel sillón se hundia
 y ya me iba á caer:

—Yo soy Pedro Ferisneas,
 pa servir á Dios y á V.
 y de V. espero un favor
 si me lo puede V. hacer:
 yo tengo cuatro zagales,
 aunque zagales son tres,
 por que una es una zagala,
 que si me sentára bien

le diria á V. que era mas colorá que un clavel. Los zagales yá trebajan y se ganan el comer: la zagala es ya mociquia, como dice, y dice bien, que quíe ganar pá un mengajo, y pá echarse un guardapies; por que mañana, ú el otro, claro, no faltará quien le diga por ahí te pudras, y ella le responda... pués... lo que responden las mozas cuando les embisten bien. En mi casa no hay posibles; que á malas penas comer podemos con el istiercol, y si le llega la vez de casarse á la zagala, no será cosa de que se juera sin mantellina, y sin arca, y sin tener ni siquiera un bucharero, ú al menos una sarten. Ella me dijo ayer noche: —«Paere, por qué no vá V. á la frábica é la sea á ver si me pué meter?— Y yo, por eso he venio, pa pedille que le dé un destino de aprendiz que ella tiene mucho aquel y ha de llegar á maestra, antes que acabe este mes.» —Así le dije al franchute, en la soflama que eché; y el, echándome la mano y riyendo á más poder, me dijo:—Pues que se avenga y yo la colocaré;

ganarrá un realito diario, y luego le daré tres. — —Yo añidí, tenga cudiao y guardemela usted bien; que no oiga malas palabras y, si puedé ser, que esté ande haiga muchas zagalas y rebullicio, por que és corta de génio, y pudiera encortarse y ya V. ve.... —Mu bien, mu bien caballero, volvió á decir el francés, y yo golviendo la esparada le dije: «A los piés de usted.» Con que ya sabes, zagala, que tenemos que comer. Trempano tomas tú cesta, y lavá y peiná mu bien te echas el pañuelo al hombro y á la frábica, á correr; llevas un bocao de pan y dos tomates ú tres, pá comer al medio dia que á la noche te hartaré. —Asi Pedro Ferisneas dijo á su hija Isabel, una muchacha morena, que tenia muy buen ver; la cual está ya en la frábica, y sabe hilar muy rebien, y gana cuarenta cuartos, para el pan y para el pré de su familia, que pasa un invierno muy cruel, y si no fuera por ella hubiera muerto tal vez. Y tiene novio, y se casa el dia de San Andrés, y si me dá algun confite, lector, yó te avisaré.

IV.

LAS DESGRACIAS

DEL TIO PACORRO.

El tío Pacorro está malo,
el tío Pacorro está mal,
el tío Pacorro se entrega,
porqué yá no puede más.
Al pié del lloron frondoso,
que hay orilla del brazal,
embozado en una manta,
hecha mil pedazos yá,
estaba el tío Pacorro
comiendo un poco de pan
y mirando hácia el camino,
por si veía llegar
á Frasquito el sangrador,
que viene de la ciudad,
curando las calenturas

y sangrando, y lo demás.
La barraca del tío Paco,
que no se ha caído yá
porqué con un haz de cañas
le ha puesto un nuevo puntal,
está tan llena de males,
con tantas camas está,
que, aquello, mas que barraca,
me parece un hospital.
Su mujer, que es la tía Juana,
tiene una pierna *endeñá*,
de un grano que le salió
y no se pudo curar:
á su hija, que es *Marialcalmen*,
la muchacha de mas sal

que hay para bailar parrandas,
 ó cantar una toná,
 le dan unas calenturas,
 con un frio tan glacial
 y unas angustias tan grandes,
 que la pobre chica está
 más pagiza que la cera,
 y ojerosa, y sin hablar,
 y no puede ir á la *Fábrica*
 á ganarse su jornal.

El hijo mozo que tiene
 el tío Pacorro, sú Juan,
 un moceton como un templo,
 un burro en el trabajar,
 que tira cada leñazo
 que parte por la mitad,
 y que toca la *mandurria*,
 y que en punto á relinchar
 atruena toda la huerta
 con los *berrios* que dá,
 ese mozo ha entrado en quintas,
 no se quiso presentar
 y lo han declarado prófugo,
 y él ha huido, y ahora está
 sin tener casa, ni cama,
 y sin poder descansar,
 durmiendo siempre al relente,
 escondido en un *cañar*.
 Esto, para el tío Pacorro,
 es una calamidad,
 por que el pobre viejo quiere,
 quiere mucho á su hijo Juan;
 y cuando vé lo que pasa,
 y vé que no puede más,
 se tapa el pobre los ojos
 por que no lo vean llorar.
 Tiene el tío Paco otros males,
 que le aprietan tanto ó mas;
 le debe al amo dos *rentos*
 y lo que vá de San Juan,

y lo echarán de las tierras,
 si no paga y no se vá,
 ó, si no llegan á echarlo,
 al menos le embargarán.
 Dos cochinos (y perdonen
 el modo de señalar)
 se le murieron el jueves,
 de ese *usagre* que les dá;
 el otro dia la zorra
 le dejó limpio el corral,
 y hasta á la burra le ha dado
 yo no sé que enfermedad,
 que empieza á dar vueltas, vueltas,
 y no la pueden parar;
 y la hortaliza no vale,
 por tener agua demás,
 y otros años se ha secado
 por no poderla regar;
 y el trigo baja que baja
 y es de mala calidad.....
 Por eso está el tío Pacorro
 á la orilla del brazal
 áun mas triste que un entierro,
 comiendo un poco de pan,
 que está tan duro y amargo
 que no lo puede pasar.
 Y cuando cree que Frasquito
 viene por el cornijal,
 ve venir, ¡ábrete tierra
 si te lo quieres tragar!
 ve venir á ese que cobra
 la cuota territorial,
 que la lleva recargada,
 con tres pesetas de más
 y que pide dos trimestres
 y costas, ó va á embargar.
 Dió el cobrador al tío Paco
 ese *boletin* que dán,
 lo dió con tan malos modos
 que el tío Paco echó á temblar

y fué á buscar la escopeta,
ó la corvilla, ó la *azá*,
para soplarle un bufido
á aquel pícaro truan;
pero, al ver que su hija y Juana
estaban llorando yá,
levantó al cielo las manos,
después de tirar el pan,
y mirando aquella cruz

que en la barraca es señal
de que allí viven cristianos,
que saben creer y esperar
en otra vida mejor,
donde concluye el pesar,
exclamó el viejo llorando
como si fuera un zagal:
«¡Virgen del Cármen, valedme!
¡Dios mio, no puedo más!»

V.

ERRORES POPULARES.

En un martes, día aciago,
este romance empecé,
y había de ser en martes
para que saliera bien.

Ya dice el refran que en mártres
nada se debe emprender
porque lo que en el se empieza
siempre sale del revés:

quien se casa en ese día,
se casa con Lucifer,
y se divorcia, ó se mata,
sin ver la luna de miel;
quien se embarca, allá se pierde
y no vuelve á aparecer;

quien tira el trigo á la tierra,
aunque sazónada esté,

por la influencia del día,
no logra verlo crecer;

cuando una criatura nace
en ese día cruel,

aunque nazca de cabeza,
que muchos nacen de pié,
viene con tal mala estrella,
que quisiera no nacer.

El que escribe en ese día
siempre emborróna el papel;
el sastre tuerce la prenda;
el hombre del tirapié,

por clavarla en el zapato,
clava la lesna en la piel;
el albañil viene al suelo;
choca y descarrila el tren;
el que se cae de espaldas
suele la nariz perder;
por decir—á Dorotea—
se pronuncia—adoroté;—
si cierra V. alguna puerta
se coge V. un dedo, ó diez;
y se muerde V. la lengua,
y se descompone un pié,
y, al ponerse la corbata,
se clava V. el alfiler;
y se le escapa á V. un tiro
y mata V. dos ó tres;
y viene á caer la teja
á tiempo de darle á V.;
y pasa V. mala noche
y malpare su mujer;
y le dan el pisoton
encima del callo aquel;
y se sale sin paraguas
y en seguida echa á llover;
ó, va V. á sacarse un diente
y le sacan á V. tres,
ó, si está desesperado,
piensa acabar de una vez,

y quiere pegarse un tiro,
y ni eso le sale bien.

Por tanto si este romance
no me saliera un pastel,
fuera la cosa mas rara
que podria suceder:
porque es tan cierto y seguro
eso del mártres cruel,
que lo pongo en el principio
cómo artículo de fé:
porque, tratando de errores,
me ha parecido muy bien
encabezar con el dogma
la moral de este papel.

Creed, si quereis en el mártres;
pero por Dios no creed
en los torpes *curanderos*,
que os matan para comer;
no temais á los *pantasma*s,
aunque se juntáran cien;
no creais en milagrerros,
que hipócritas suelen ser,
cómo era *Pepa la Galla*,
el prodigio de Beniel:
ni en esos que tienen *gracia*,
ó que la piensan tener,
aunque en efecto la tienen
para sacar los *calés*.
Hoy con esos embusteros
no las tenemos que ver
en este quinto romance,
que en un mártres empecé.

II.

Los curanderos.

Señoras y caballeros,

huertanicas y huertanos,
churubitos y panochos,
escuchadme por un rato.
Con vuestra vénia y permiso
os voy á ir presentando
unos cuantos caballeros
que aquí vienen para el caso.
—Señor Eulogio Lanceta,
ex-barbero y ex-claustrado,
hombre de mucha barriga
y de pescuezo muy ancho.
Egerce su profesion,
lo mismo que un licenciado,
con mas ínfulas que Toca,
en lo que riega el Menancho
en Churra la Baja y Alta,
de Monteagudo á Espinardo.
Antes que Dios amanezca
ya está en su puerta esperando
una burra, preparada
para llevarle á caballo.
Ancha la burra de lomo
y ancha la albarda de esparto,
y más ancha la zamarra,
que tiene de lana un palmo,
marcha el señor de Lanceta
tan bien espatarragado,
que no parece barbero,
sinó baja de tres rabos.
Aun no ha salido á la huerta
cuando ya va recetando;
y no es la primera vez
que sin bajar del caballo,
(digamoslo así) le dió
á cualquiera un lancetazo,
lo mismo cerca del cóxis
que en la region del sobaco.
Si una *mádre* le presenta
un zagal desvencijado,
que de alguna *palmeriquia*

se ha caído un batacazo,
le manda una *sangrijuelas*
en el sitio magullado
y pasa adelante, cómo
si ya lo dejara sano.

Si otra le presenta un pecho,
cómo un melon franciscano,
escrito con diez tumores,
la manda un emplasto de ajos,
con lo cual quedan el arte
y la pobre despechados.
Está por los dos sistemas,
alópata y homeopático,
por *similibus*, *similia*,
y por *contrariis*, *contrario*.
Tiene unos polvos ¡qué polvos!
él mismo los ha inventado,
son una mezcla de alum,
de jalapa y crémor tártaro,
de pimentones picantes,
de hojas de Sem y sulfato
de magnesia, con los cuales
lo saca todo, hasta el asno.
Segun él, no saben nada
médicos ni boticarios:
la ciencia es una mentira;
quien sabe es el cuerpo humano,
que indica la medicina,
cuando habla por el estómago.
Cuando él llega á una barraca,
es menester tres ó cuatro
para apearlo de la burra,
y en seguida mete mano
á la homicida lanceta,
y en un *lebrillo* de barro
empieza á sangrar pacientes,
aunque les duela el estómago,
aunque sea alguna vieja
que tenga mas de cien años,
ó *jovena* primeriza

con bascas de sobreparto.
Tal es el señor Eulogio
descrito así á grandes rasgos;
con que, si quieren ustedes
ponerse en sus santas manos,
pueden buscarle en su casa,
que está en la calle del Plato.
—El señor de Pajarilla,
que tiene un elixir mágico;
la *roá*, cúralo-todo,
tomándola á todo pasto.
Porque es lo que él dice, y dice
con argumentos muy claros:
el origen de los males
no es otro más que el estómago,
que diariamente se ensucia
y no se acude á limpiarlo.
De aquel residuo que queda
se forma en seguida un fango,
que pasa luégo á la sangre
y va corriendo los vasos,
venas y artérias, que llevan
la vida del cuerpo humano.
Es así que la *roá*
limpia, cómo un estropajo,
las paredes interiores
y mucosas del estómago;
luego con la *roá* se evitan
los males y sus estragos.
Esto es lógico, señores,
indefectible, axiomático,
y bien puede Pajarilla,
en tal principio fundado,
curar con *roá* la tisis,
las viruelas, constipados,
panadizos, cataratas
y los dolores reumáticos.
Con dos botellas purgantes
y una del *vómis* amargo,
yo no lo he visto, mas dicen

que á uno le extirpó dos callos,
que tenia en los juanetes,
lo mismo que dos garbanzos.
Así cura Pajarilla,
que no vende muy barato
el elixir de la vida;
que tiene fama de sábio,
porqué, hablando de los médicos,
vomita sierpes y sapos.

No siempre sana el enfermo,
porque, segun los del barrio,
á uno le dió tanto *vómis*
que reventó por un lado;
pero eso no dice nada,
ni tiene nada de estraño,
pues, para uno que reviente,
mueren noventa en el acto.

—El tio Pedro el del Cabezo
es un hombre que ha estudiado
y tiene conocimientos,
pero profundos y vastos.
Sus recetas son heróicas,
pero tiene bien probado
que cura las calenturas,
dando al que las tiene un baño,
echándolo á un *partidor*
asi de golpe y porrazo,
cuando del frio nervioso
tiritita y está sudando.

Todos los males de ojos
está de curarlos harto,
con alfalfa con rocío,
que le restriega en los párpados.

Usa para ciertos males,
que no es posible nombrarlos,
con polvos de viverera,
cocimiento de maestranzos;
y, ved si en anatomía
está el hombre adelantado,

que, cuando se hincha una vaca,
la pone buena en el acto,
dándole entre dos costillas
un corte de arriba á bajo.

Y basta de curanderos,
porqué esto se va estirando
lo mismo que ellos estiran
al que se recalca un brazo.

III.

La tía Pepa la Galla.

Fué el año sesenta y siete,
si yo no recuerdo mal,
cuando en Beniel, rica villa
y pátria del Capitan
Cagarruta (que de Dios
goce sempiterna paz)
apareció, porque quiso
la divina voluntad,
una mujer, una santa,
(aunque es malo señalar)
que tenia de su parte
á la córte celestial.
Era muy probe, muy probe,
pero se ganaba el pan,
abriendo pimientos verdes
en todo el Esparragal,
ó ayudando enjabonijos,
y tal vez yendo á espigar.
Pero un dia, segun ella,
le dijo el cielo allá vá,
y le dió la santa gracia
y omnimoda facultad
de curar todos los males,

todos, sin exceptuar.
 El primer milagro suyo
 lo hizo mirando á un gañan,
 que pisado de sus bueyes
 traian al hospital,
 á quien curó en un instante,
 solamente con untar
 en aceite del candil
 su mano, arrugada yá,
 y dar al paciente un sobo
 tendido á la horizontal
 sobre el zarzo en que venia
 al hospital de San Juan.
 La fama de este milagro
 corrió por todo el lugar,
 y de este pasó á Orihuela
 y á Fortuna y á Catral
 y á todo lo que era Reino
 de Murcia en la antigüedad.
 «En Beniel hay una santa»
 se dijo sin más ni más,
 y allá van las caravanas,
 cómo las que á Meca van,
 á adorar á la tia Pepa,
 que creyó que era verdad.
 Los enfermos desahuciados
 la salud van á buscar,
 conducidos en carretas
 de un traqueteo infernal,
 por un camino mas malo,
 que una mala voluntad;
 de manera que el milagro,
 sin duda ninguna, está
 en andar así el camino
 y no dar las *boquedas*.
 Los prodigios de la tia
 eran cosa de admirar;
 se aproximaba al enfermo,
miraba la enfermedad,
 le aplicaba una medalla

(que las vendia á real)
 dos sobos en el estómago
 y un latinajo además,
 que ni ella lo comprendia,
 ni tampoco era esencial,
 echaba la bendicion
 y le decia: á volar.

Este era el procedimiento,
 más fácil que el de Hamneman,
 con el cual no curó á nadie,
 pero bien pudo curar,
 porque la fé es la que salva,
 cómo Jesús dijo ya.

Aquello fué un fanatismo
 de la peor calidad,
 que condenó nuestro obispo
 en gracia de la moral,
 cuando el nombre de la tia
 se habia extendido yá
 por la diócesis sujeta
 á su anillo episcopal.

IV.

Las Pantasmas.

—A mí naide me arrepieta,
 mentres yo tenga la vara;
 ni ha de haber en mi partío
 quien quiera sacar la pata
 con visibilos, ó isfraces,
 en denguna cercunstancia.
 Esto us digo, caballeros,
 por que ayer en mi barraca,
 tiráronse á mi presona,
 los que tenian la tanda

en la cieca del Zaraiche,
 pa presiguir al pantasma,
 que sale toas las noches
 y se vá al romper el alba.
 El estrozo que en la huerta
 ha causao ese alimaña,
 no es posible esmenuzarlo,
 porqué es de muncha importancia:
 tóo el partío está asustao,
 y á no ser con la picaza,
 ú la corbilla, escondía
 en el cujon de la manta,
 naide saca las narices
 á juera de las barracas.

A los trigos se los comen
 los cerriches y albijanas;
 las habas están perdias,
 porque naide quíe caballas;
 el cuco se está comiendo
 toas las tablas de arfarfa,
 y, lo que es las escarolas,
 denguno quiere aporcarlas,
 porqué están zullíos de miedo,
 con el ese del pantasma.
 Man dicho que el visivilo
 lleva una lengua de vaca,
 más larga que una lizera
 y que corta como el agua:
 que lo ha visto Juan Zambudio,
 el cual salió con un hacha
 á dalle en la cobaura,
 por que vido que el pantasma
 venía pá su mujer
 á la enza de retozalla.

Ni la honra, ni las haciendas
 están libres de esta plaga,
 con que así, no hay más remedio,
 que salir á dalle caza.
 El que quiera acompañarme
 esta noche, á mi barraca

con cuasiquier destrumento,
 dimpues que toquen las ánimas. —

Asi llamaba un perráneo
 á unos hombres de sus casas,
 para hacer un somaten
 y ahuyentar cierto fantasma,
 que apareció en Zaraiche,
 con malísimas entrañas.

En efecto, al dar las nueve,
 rebujados en las mantas,
 vió el pedáneo aparecer
 á los mismos que esperaba,
 tapados hasta los ojos
 y armados hasta las cachas.

Yendo el alcalde delante,
 se puso la tropa en marcha,
 y, con las mil precauciones,
 que el peligro aconsejaba,
 llegaron, donde solía
 aparecer el pantasma;
 y, aunque no quedó morera,
 ni brazal, ni áun una mata,
 que el pedáneo y sus valientes
 ávidos no registráran,
 no se encontraron á nadie,
 ni pudieron dar con nada.

Ni el fantasma los vió á ellos,
 ni ellos vieron al fantasma;
 pero sí los vió un *mociquio*,
 que estaba sobre la tapia
 de un corral que era lindero
 á la pared de una casa,
 donde vivía Dolores,
 que era la mejor zagala
 de todos los Zaraiches,
 á la que, en Semana Santa,
 le puso el *mociquio* aquel
 en el dedo una tumbaga,

diciéndole por lo bajo:
¡Bendita sea tu arma!»

V.

La Gracia.—El día de San Juan.

Hay hombres que tienen gracia
y hay otros que no la tienen,
lo mismo nazcan en mártres
que si nacieran en viérnes.

Que existe la gracia, es cosa
que no hay nadie que lo niegue,
porque, si jamás se há visto,
todo el mundo la comprende.
Es don gratuito del cielo
que Dios se la dá á quien quiere,
con el agua que, al nacer,
nos echan sobre la frente.

Es la gracia, en el decir,
la dulzura, que convence;
en el mirar, un fluido
que lleva cierto deleite;
en el andar, armonía;
y en el querer, lo que siente.

Pero, dejando á los hombres,
hablemos de las mujeres,
que en ellas está la gracia,
pues casi todas la tienen,
como Dios está en los cielos,
es decir, principalmente.

El ondular de su talle,
el andar de su pié breve,
la sonrisa de su boca,
los ojos que languidecen,

aquella frente serena,
que entre los rizos se pierde;
aquel rubor misterioso,
que en la mejillas parece;
el timbre de aquella voz,
aquella mano de nieve,
aquel cuello de paloma,
aquel pecho de claveles.....
si aquello no tiene gracia,
es que no se quien la tiene.

Con esa gracia divina
estoy conforme mil veces;
mas esa gracia que cura,
segun dicen muchas gentes,
las calenturas malignas
y los dolores de vientre;
y que, segun dicen otros,
la tiene el que nace en viérnes,
no la acepto, ni la quiero,
aunque el *gracioso* recuerde
que ha nacido en Viernes-Santo,
que es el viernes de los viernes.

Cómo el día de San Juan.....
que sale el sol cómo siempre,
sin ninguna novedad,
derramando rosiclères
sobre los ramos de eneldo,
los frutales y las mieses:
y el día de la Ascension.....
en que los pájaros tienen,
cómo siempre, el dulce nido
bajo sus alas caliente:
y el día de San Lorenzo.....
que si el suelo se remueve
se encuentra carbon, lo mismo
que en la Virgen de las Nieves.

Estos errores y absurdos,

y otras mil ridiculeces
cómo la de que los muertos
se aparecen cuando quieren;
que las estrellas con *rabo*
anuncian guerras y peste;
que cuando cantan los gallos
algun vecino se muere;
que los abejorros negros,
con malas noticias vienen.....
todas estas tonterías,
por no llamarlas sandeces,
se suelen creer lo mismo

que las verdades solemnes
de la Religión divina,
que el Evangelio contiene.

Contra los embaucadores,
charlatanes, maldicientes,
hipócritas, curanderos,
graciosos y demás gente,
hice el presente romance,
que el número cinco tiene...
perdonad sus muchas faltas
y aquí se acaba el sainete.

IX.

CANTOS POPULARES.

I.

Ven aquí, guitarra mía,
y dame tu dulce acento
que quiero decir con él
lo que no pueden mis versos.

Ven, consuelo de mi vida;
deja que toquen mis dedos
en tus cuerdas, y responde
al compás de mis lamentos.
Pero..... no cantes pesares;
cantemos dichas, cantemos...
que de amor y de alegría
tengo rebosando el pecho.

Benditas sean tus cuerdas,
que suenan entre mis dedos,
cómo late el corazón,
electrizando mi cuerpo.

Más dulce es tu voz que el áura,
que quiebran los altos cedros;
más amorosa, que el canto
del ruiseñor y el gilguero;
más tierna que los suspiros
del enamorado pecho.

Cuando en la callada noche
entre mis brazos te llevo,
tu voz vuela como el alma
y ¿dónde vá?...., tengo celos

de pensar con qué sigilo
llegas aquel aposento,
y vagas entre las sombras
de aquel pudoroso lecho,
y penetras el oído,
y turbas el dulce sueño,
de aquella dulce enemiga
por quien vivo y por quien muero.

No turbes, guitarra mía,
los amores de tu dueño,
mira... que te entrego á un quinto
para que te dé tormento,
bañándote con sus lágrimas,
y seas verdugo á un tiempo
de su dolorida madre,
que se queda sin consuelo.
Que si hoy del pobre soldado
tienes los brazos abiertos,
porque sus penas ahoga
con tu embriagador acento,
porque animas sus cantares
y das valor á su pecho...
mañana te hará pedazos,
para borrar los recuerdos
que encierras de sus amores;
que al fin tuviste un cabello
de su novia como *prima*
de sonido dulce y tierno.

Y te arrancará aquel lazo,
encendido como el fuego,
bordado de aquellas manos,
bendito con aquel beso;
y serás monton de astillas,
ceniza luego del viento.

Ven, por tanto, cariñosa
al amor que te profeso,
y cantemos *las parrandas*,
que se bailan en mi pueblo;
cantemos la *malagueña*
y el *retal*, en fin, cantemos
esos áires populares,
que sólo canta este pueblo,
yá en los días de placer,
de jolgorio y bailoteo,
ya cuando labra la tierra,
ya cuando sacude el bieldo,
cuando recoje la hoja
y cuando entierra los muertos.

II.

El *retal*, el *retal*,
con sus tres *golpeciquios*
como es *rigular*.

(Vulgar.)

El baile de las *parrandas*
tiene mucho que entender,
para darle á las mudanzas
toda su gracia y su aquel.
Se tocan en la guitarra
por *el uno*, aunque tambien
se acompañan *por arriba*,
ó por *el punto del tres*.

Dos parejas son precisas,
para poder bailar bien:
dos hombres y dos mujeres,
que enfrente se han de poner,

ellas con buenas postizas
de nogal, ó de ciprés,
en las manos, que al comienzo
caen sobre el *guardapie*,
y ellos algo retozones,
suelos de manos y pies,
y arreglándose la faja,
que se les suele caer
del *bustiquio* que les causa
oir tocar por el tres.

Cuando principia la copla,
toman los hombres la vez
y cambian todos de sitio
por detrás de la mujer,
comenzando las *mudanzas*
con las manos y los pies.

Sigue, el que canta, la copla,
y sigue el baile tambien:
cada verso una mudanza
cada mudanza un tropel
de medias vueltas, tan rápidas,
que los brazos no se ven.
Y cuando los hombres sudan
de tanto y tanto correr,
por entre picos azules
enseñan ellas el pié,
poniendo á los bailadores
que no se pueden lamer.

La *malagueña murciana*,
en general, igual es,
que la que cantan los majos
en el barrio del *Perchel*;
pero hay una que la llaman
de la *madrugá*, por qué
la cantan generalmente
cuando empieza á amanecer,
tan sentida y armoniosa,
y llena de languidez

que parece que la noche
se va para no volver:
canto tan propio de Murcia
que se recuerdan con él
las hermosas alboradas,
que el cielo murciano vé.

En el rigor del verano
canta el huertano tambien,
cuando en las eras recoge
el grano que dá la mies.
Es el *canto de la trilla*
pesado, cómo el correr
de los mansos animales,
que van con lento vaiven
arrastrando el ferreo trillo
por encima de la mies;
pues con una sola copla
hay para trillar muy bien
una *parva* de dos dias,
y aunque llegára á los tres.

Hay el *canto de la hoja*,
que no se puede hablar dél,
sin recordar la alegría,
que hay en la huerta aquel més,
en que empiezan los gusanos
la última hoja á comer,
para formar los capullos,
en que han de morir después.

Sobre las mismas moreras
canta el murciano, que vé
que aquellas hojas que coje
seda muy pronto han de ser;
y la esperanza le alienta,
y le anima el interés,

y entonces su canto es dulce,
tan dulce como la miel.

Tal vez, en aquella hoja,
el rento pagado vé,
ó la libertad del hijo,
que ha entrado en quintas y qué
por tener mala fortuna
le tocó el número três;
ó la capa, que es precisa
para llevar la mujer
ante el cura que los case
por siempre jamás amen.

Por eso canta el huertano
ese canto de placer,
que se llama «de la hoja»
por que se canta en el mes
en que se coje la última,
que el gusano ha de comer.

¡Pues y *el retal!* ¡Virgen santa!
mejor fuera no hablar dél,
que solo de verlo escrito
quiero yo bailar tambien:
rápido, furioso, brusco,
no es báile, vértigo es,
con su bullicioso ritmo
con su algazara cruel:
fin de baile, despedida
del bullicio y del placer,
rompan-filas, que subleva
al hombre y á la mujer
que han tenido en las parrandas
sus palabricas de miel.

Estos los cantos murcianos
son que de niño escuché;
solo falta el de la *Aurora*
que voy á decir tambien

en el romance siguiente
y en este mismo papel.

III.

La Aurora.

Doce campanadas tristes
dan en la torre mezquina,
que tiene el antiguo templo,
que llaman la Compañía.
Es una noche de invierno,
en que el viento helado silva,
al quebrar sus frías alas
en los árboles y esquinas;
en que el cielo, encapotado
de blancas nubes densísimas,
derrama sobre la tierra
gotas que se cristalizan
en las calles y tejados,
porque es una noche fría.
Murcia reposa entre sombras,
pues las luces agonizan;
y el silencio de las tumbas
reina en la ciudad tranquila.

Alguna torpe lechuza
que en los campanarios silva,
algun eco que se pierde
entre las ráfagas frías,
son los únicos sonidos,
que nos recuerdan la vida.

Pero, cuando dá la una,
por las calles escondidas,
en donde viven los pobres,
que trabajan todo el día,
vá un hombre con un farol
y con una campanilla,
que suena pausadamente,
y en ciertas casas avisa,
dando golpes en las puertas

y diciendo: «Ave-María.»

De una calle pasa á otra,
tocando la campanilla,
despertando á los que duermen,
por toda la calle arriba.
Este hombre no es sereno
ni tampoco es policía;
pues, por su pobre vestido,
se le conoce en seguida
que de peon de albañil
no pasa en categoría.

Cansado ya de correr
calles húmedas y frías,
y de llamar en las casas
y de despertar familias,
el hombre, con su farol
y la campana escondida,
á la puerta de la iglesia
del Rosario se retira
y se sienta en el portal,
casi en la hora precisa,
en que suena la campana
de las monjas Capuchinas,
diciendo á las pobres madres
que abandonen la tarima,
ó el duro suelo en que duermen,
y al coro vayan á prisa
á rezar el Miserere
al son de las disciplinas.

Poco tiempo estuvo el hombre
solo en la puerta bendita:
pronto van apareciendo,
por todas las avenidas,
otros varios que aquel sitio
soñolientos se encaminan,
y saludan al primero
con la sagrada consigna.
A las dos, ya son cuarenta
los que en la puerta se abrigan,
y antes de las tres, al punto

que concurre el de *la guía*,
levántase el del farol,
agita la campanilla,
y en torno del forma corro
la nocturna comitiva.

Uno que se pone en medio
pronuncia el Ave-María,
à la cual contestan todos
con esa palabra misma,
y después con voz sonora,
fuerte, llena y espresiva,
empieza un canto armonioso
con esta frase magnífica:
«Salve, Reina de los cielos,»
que en un coro de alegría
y de fervoroso acento
repite la comitiva.

Sigue el cauto matutino,
al son de la campanilla,
que yá con sonido lento,
ya agitada y sacudida
en bullicioso repique,
siempre alegre y espresiva,
dirije del dulce canto
los torrentes de armonía.

«De misericordia madre,
vida y *dolzura*, Purísima,
guerve tus ojos hermosos,
darnos tu gracia divina:»
dicen aquellos cantores,
en mística melodía,
al compás del sentimiento,
que el corazón les anima.

Tal es la *Aurora* murciana,

que sin haber sido escrita,
hace mas de cinco siglos,
por tradición antiquísima,
vive de padres á hijos,
cómo canto de alegría
y símbolo de la fé
de la cristiana doctrina.

¡Cuántas veces en las noches
de torpe y brutal orgía
con su misterioso acento
despertó el alma dormida!

Yo la he escuchado mil veces,
y su armonía divina
penetra en mi corazón,
hiriendo todas las fibras,
que agitan en el espíritu
dulzuras de mejor vida.

La primer salve que cantan
á la Virgen la dedican,
y luego van por las calles,
con mas silencio que en misa,
rezando y cantando salves,
hasta que amanece el día:
luego, en la misa del alba,
se canta la despedida;
y en la puerta de la iglesia,
cuando se acaba la misa,
roncos los pobres *auroros*,
rompen las cantoras filas,
para tomar la mañana,
ó.... entrar en la barbería,
donde me los ponen nuevos
con polvos y mantequilla.

X.

EL CIEGO.

Todos los pueblos de España tienen su Perico el Ciego, y Murcia tambien lo tiene, cómo no puede por menos.

Llámesese Gaspar ó Bruno, Ginés, Francisco, ó Eugenio, el ciego de los romances ha de ser Perico el Ciego.

El nuestro, muy de mañana se echa la guitarra al cuello, cuelga el cayado en el brazo y sale tirando arpegios.

Aunque sale á la ventura, lo primero es lo primero, que es dar á los parroquianos el cotidiano alimento.

La oracion de San Antonio se la canta al zapatero, que tiene puesto el taller en la puerta del Colegio.

La de la Virgen del Cármen se la canta á un carnicero, que, mientras tanto la carne vende muy falta de peso.

De la Cruz de Caravaca canta el milagro estupendo, por allá por las Ericas, al amo del Horno Nuevo.

La de las Animas dice al portero de un convento, que verlas debe de noche porque está en el esqueleto.

A cada uno, segun la devocion, ó el aprieto, le canta por aquel santo, en quien su esperanza ha puesto.

Despues, á vender romances, ó á cantar los trovos nuevos, cómo estaba el otro dia en la plaza de San Pedro.

Rodeaba al infeliz gente sencilla del pueblo, de pie, las primeras filas, montados, los basureros.

Templada ya la guitarra y el auditorio completo, entre punteados compases, cantaba así nuestro ciego:

«Amparo pido á la Virgen y auxilio espero del cielo, para poder referir el milagro más soberbio, que ha pasado en Albaterra, hace tres meses y medio. Vivian, en esa tierra de los tuertos y los ciegos,

María Francisca Gomez
y Antonio Perez Gallego.
Gozaban en santa paz,
que era un matrimonio bueno,
y sólo un hijo pedian,
con muchas ansias, al cielo.

No fué un hijo, fué una hija
la que al poco recibieron;
una hija, que creció
cómo los retoños nuevos,
más galana y más hermosa,
con unos ojos y un pelo,
y unos colores de cara
que daba envidia de verlos.
Era la moza mejor,
que vivía en aquel pueblo,
y la rondaban los novios
más espesos que los dedos.

Mas, de buenas á primeras,
se presentó un caballero,
que iba en un caballo blanco
todo vestido de negro:
llama á Anton Perez aparte
y le dice: «Al cabo *semos*;
quiero casarme con tu hija,
que me gusta con extremo.»
—«¡En jamás!»—Le dijo Anton,
porque le dió desde luego
un olorcillo de azufre,
que no le gustó ni un pelo.

El *pritindiente* dejó
la casa de Anton, soberbio,
diciendo: «Me vengaré
aunque lo estorben los cielos.»

Para ver de conseguirlo,
una noche, en el silencio
que acompaña misterioso
á los malos pensamientos,
por la tapia del corral,
se introdujo el caballero

en la casa de Anton Perez,
que estaba en el primer sueño.

Con una llave maestra
abre luego el aposento,
en donde estaba la chica,
durmiendo en su pobre lecho,
entre sábanas de estopa,
y con sus brazos morenos
junto á los sedosos rizos,
que caían medio sueltos
sobre los gentiles hombros,
perdiéndose por el seno.

Sin hacer ningun ruido,
andando con mucho tiento
con las manos por delante,
para evitar un tropiezo,
ciegos los ojos del alma,
se fué á la cama derecho.

Sacó una linterna, de esas
que llevan la luz por dentro,
y en un instante inundó
de sus pálidos reflejos
el rostro de aquella chica,
tan inocente durmiendo
con los ojos entornados
y los labios entreabiertos.

Pero ¡oh milagro! al mirar,
con los ojos del deseo,
los virginales encantos
de aquel purísimo cuerpo,
vió una cruz, que la muchacha
llevaba siempre en el pecho,
con el santo escapulario
de la Virgen de los cielos,
y entonces dió un grito horrible,
y echando chorros de fuego
por los ojos, se salió
bramando del aposento,
y se fué con mil demonios
á parar á los infiernos.

—Dos cuartos vale el milagro;
¿quién pide otro, caballeros?»

Así cantaba Perico
en la puerta de San Pedro;
y la gente de la Huerta
lo oía con tal silencio
y con tal fé en sus palabras,
que algunos hacían pucheros
de lástima que les daba
pensar el terrible aprieto,
en que se encontró la hija
de Antonio Perez Gallego.

Todo el mundo que pasaba
quería escuchar al ciego
y pronto llenó la plaza
un círculo tan inmenso,
que llegaba hasta las tiendas
donde están los sombrereros,
los que hacen ricas monteras
de felpa y de terciopelo,
que llevamos los murcianos
con mucha gracia y salero,

con dos picos por delante
y rebajado el del medio.

Cuando se llevan la Virgen
vá al monte Perico el Ciego,
á regocijar los bailes
con cantares picarescos;
y de noche, en la ciudad,
es poeta callejero
de las fregonas Julietas
y los huertanos Romeos.

Canta en la pascua aguinaldos,
en cuaresma, sermoneo,
romances, todos los jueves,
y trovos, en todo tiempo.

Tal es el tipo murciano
que llaman Perico el Ciego,
el que además tiene el cargo
de *veedor* y tesorero
en la hermandad de la Virgen,
que fué de los carniceros
y es hoy de los que no ven,
ó tienen un ojo menos.

VI.

SAAVEDRA FAJARDO,

Y POLO DE MEDINA.

I.

La sierra de la Fuensanta
 empieza en la fértil vega
 de la ciudad coronada
 por su lealtad y nobleza,
 y es el límite del valle,
 que undoso el Segura riega,
 y los campos bendecidos
 de la antigua Cartagena.
 Entre los verdes olivos
 de esa pintoresca sierra,
 como una blanca paloma
 que el dulce nido calienta,
 hay un santuario bendito,
 que es palacio de la Reina,
 de la Virgen, de la Madre,
 luz del cielo y de la tierra.
 Agua pura y cristalina
 brota de la dura piedra
 y forma nevados hilos
 sobre la menuda arena,
 dando á los tiernos almendros
 las gayas flores primeras.
 Mas allá, sobre la rambla

que corta la esbelta sierra,
 y detrás de una colina
 que de la vista la ausenta,
 está la *Luz*, relicario
 de virtud y de pobreza.
 Luego *Santa Catalina*,
 mole de ruinas soberbias,
 que el tiempo va destruyendo
 con su feroz inelemencia;
 y, enfrente, sobre un collado,
 donde el tomillo verdea,
 y donde destruidos postes
 el via-crucis representan,
 hay una imágen de Cristo
 en tosca y negruzca piedra,
 que está allí como olvidada
 sobre un pedestal de tierra.

Todo en ella es celestial;
 de Dios habla todo en ella,
 y las flores, y las fuentes,
 y las áuras, y las piedras,
 y el tomillo, y los olivos,
 y las aves que los pueblan,
 de Dios al alma nos hablan
 y hasta á Dios el alma elevan.

Un pueblecito hay situado
 en la falda de esa sierra;
 y en él, y sobre una casa
 de pobre y tosca apariencia,
 Murcia, solícita madre
 de sus glorias verdaderas,
 ha puesto al fin un recuerdo,
 una lápida pequeña,
 donde se lee: *Aquí nació
 el gran don Diego Saavedra.*

Así, envidiado, Algezares
 á los murcianos recuerda
 que ha sido la cuna ilustre
 de aquella clara lumbrera.

II.

Estudiante en Salamanca,
 y con su sotana vieja,
 bullicioso y más alegre
 que los cantos de su tierra,
 era Saavedra Fajardo,
 en sus veinte primaveras,
 admirado en Salamanca,
 como un portento de ciencia.
 Apenas dejó las aulas,
 marchó á la Ciudad Eterna,
 y en ella fué familiar
 de aquella augusta eminencia,
 que en Roma representaba
 de España la Real Agencia:

Nápoles, Venecia y Roma
 sirviéronle de palestra,
 y en ellas lució su génio
 las claras luces primeras.

Con la edad creció en su alma,
 sobre la virtud y ciencia,
 inmenso amor por su pátria,
 por su honor y su grandeza.

Era un tiempo desgraciado

para la española tierra:
 todo el mundo hacia girones
 del manto de su grandeza,
 y caían una á una
 las piedras de su diadema.
 Aquellos tercios de Flandes,
 cuya gloriosa bandera
 jamás se miró humillada,
 siempre venció en la pelea,
 no eran invencibles ya,
 del leon español en mengua.
 Las flotas que en otro tiempo
 pesadas venían de América,
 llenas sus entrañas de oro,
 ahora volvían con vergüenza,
 porque allende el mar á España
 nadie rendía obediencia.
 También Portugal maldice
 de la sangre de sus venas;
 Cataluña ensangrentada
 la guerra civil sustenta;
 exhausto el público erario;
 las pobres campiñas yermas;
 brazos, pidiendo trabajo;
 pobres, pidiendo clemencia;
 España, pidiendo honra,
 y Europa brindando guerra.

En este angustioso tiempo,
 que con pena se recuerda,
 fué gloria de nuestra pátria
 el gran don Diego Saavedra.
 Lo que no pudo la espada,
 lo hizo él con su elocuencia,
 pues cuando habló por España
 en las córtés extranjeras,
 en Italia, como en Francia,
 lo mismo en Munster que en Viena,
 ya en los congresos de paz
 que los papas presidieran,
 ya en los cónclaves sagrados,

ya en las áulicas audiencias,
 en todas partes, sostuvo
 gloriosa nuestra bandera.

Y aquel espíritu ardiente,
 que en sus ráfagas inmensas
 brillantó la corona,

que Carlos Quinto ciñera,
 ni un momento de reposo
 dió á sus titánicas fuerzas:
 en sus viajes, cuando iba
 llevando de tierra en tierra,
 con el fulgor de su génio,
 la prez de la gente ibera,
 escribió el libro inmortal
 de sus sublimes *Empresas*,
 donde con pluma acerada,
 que cual puñal atraviesa,
 estilo majestüoso
 y frase grave y austera,
 habla á los reyes, cual puede
 hablar el que hablando enseña.

Dejó un sueño en su *República*,
 de hermosísimas quimeras,
 y fué su *Corona gótica*
 verde laurel de su ciencia.

Cuarenta años, de su pátria
 no vió la anhelada tierra;
 siempre lejos y olvidado,
 siempre luchando por ella,
 hasta que no pudo más,
 desfallecidas sus fuerzas.
 El retiro de un convento
 abrióle entonces sus puertas;
 y aquel hijo de Algezares,
 gloria de la hispana tierra,
 que del rey Felipe IV
 sostuvo la real diadema,
 que fué lumbrera de Europa
 y portento de la ciencia;
 aquel ilustre murciano,

honra de la tierra nuestra,
 entregó su alma á Dios
 en una mezquina celda.

VII.

Polo de Medina.

«Murcia la ingrata» te llaman,
 mas no dicen sus cantares,
 si ellos son los malos hijos,
 ó eres tú la ingrata madre.

Tú nos has dado al nacer
 cuna de rosas fragantes,
 á la sombra placentera
 de tus frondosos morales.

Y, sobre la fresca arena
 de tus matizados márgenes,
 fueron tus flores alfombra
 de nuestro pié vacilante.

Como arrullo de paloma,
 fué tu cariño de madre,
 fecundo como tu seno,
 como tu gloria, inefable.

Cielo de amor, es tu cielo;
 un paraiso, tu valle,
 en el nacer de la aurora
 y en el caer de la tarde.

Siempre serás bendecida,
 siempre tendrán tus altares
 las santas flores del alma,
 que no las marchita nadie.

Tu nos enseñas á Dios
 en los radiosos cambiantes
 de luz, que derrama el rio,
 al despeñar sus cristales;

Tu muestras su providencia
 en los rubios trigarrales,
 y en esas redes de seda,
 que velan tu bella imágen;

Y en esos dorados frutos,
que anuncian los azahares,
y en esos dorados lirios,
triste dolor de tus valles;

Y en las blancas azucenas,
con que coronan las madres
la pureza de las vírgenes
y la gloria de los ángeles.

Yo, en pago de tu cariño,
abro tus viejos anales
y registro de tu gloria
las páginas memorables.

Y las digo á todo el mundo
con mis sencillos cantares,
resucitando la gloria
de las pasadas edades.

Hoy, mirando los sepulcros
sin lápidas y sin mármoles,
donde, de ilustres murcianos,
descansan los santos manes,

He recordado de un hijo,
el primero de tus vates,
tan olvidado de todos
que no lo conoce nadie.

Salvador Jacinto Polo
de Medina, que es linaje
que empezó por un poeta
y honran hoy muchas beldades,

Es el famoso murciano,
Murcia, que quiere ensalzarte,
copiando un retrato suyo,
de su ingenio y de su imágen.

«Pues no hay dama ni fregona,
zapatero, ni pelaire,
que no se retrate y pinte,
musa mía, retratadme.»

Así Polo de Medina
prepara el lienzo á su imágen,
y luego escribe y dibuja
con estos rasgos brillantes:

«Y para que mi dibujo
salga con vivos esmaltes,
si os falta el pincel de Apeles,
sed con la pluma Timantes.»

«Demoş retratico al pueblo
de mi rostro y de mi talle
y quede de mi memoria
á las futuras edades.»

Tal vez Polo de Medina,
al escribir estas frases,
pensaba en la tierra ingrata
que tenia que olvidarle.

«Del caudaloso Segura
bello rasguño del Ganges,
como un hongo de su orilla
nací tambien en su márgen.»

«Un hombre y una mujer
dicen que fueron mis padres,
y que nací de cabeza.»

—¡Esto si que es cosa grande!
¿Por dónde nació este chico?—

—«Por donde nacen los sastres.»

«La estatura de mi cuerpo
es entre enana y gigante,
y en todo mi cuerpo tengo
mucho hueso y poca carne.»

«Tengo castaño el cabello
con presuncion de azabache,»

—que para castaño oscuro
no le faltaba ni un ápice—
«copetico á lo alindado,
frisados los aladares,»

es decir, pongo por caso,
lo mismo que el curro Cúchares.

«Bajo el friso de la frente
dos felpados arquitraves,
y entre dos ojos morcillos
una nariz acicate.»

«Son auroras mis megillas
sin arreboles de sangre,

donde aún el de la vergüenza,»
—¡Vaya un modo de tirarse!
tal vez por fuerza del verso.—
«nunca ha querido asomarse.»

«Que quiere decir mi musa,
en archiculto lenguaje,
que soy trivial en latin
y despejado en romance.»

«Perdonen mis labios yertos
los claveles y corales,
que en tantas bocas partidos
no es maravilla les falte.»

«Mis bigotes y mi barba
tan desvanecidos salen,
que, esparcidos con hisopo,
los reputan por lunares.»

«Mis pies para andar cubiertos,
por lo que tienen de grandes,
se embarcan en doce puntos
y algunas veces no cáben.»

«Son seguidillas mis piernas,
verso heróico mi gaxnate,
por las espaldas camello
y espárrago por delante.»

«Soy estevado de cuerpo
y en lo corvo soy alfange;

«Desde la infancia hasta ahora
me han servido en todas partes,
los manteos de mantillas,
las sotanas de pañales.»

«Tengo nueue mil auroras,
como dice algun cofrade,
de los del crítico estilo,
en mil versos y en mil partes.»

«En lengua española, digo,
tengo veintitres San Juanes;
tres años y cuatro lustros,
con veintitres navidades.»

«Por cuerdo me canonizan
los que me ven por las calles
que, hipócrita del gracejo,
piso firme y miro grande.»

«Soy poeta en querer ninfas
aunque nunca he sido Dante;

«En lo varonil mis versos
tienen la pinta del padre
y aunque todos son Medinas
quieren hacerlos Gonzalez.»

«Este es el retrato al vivo,
por mejor decir la imágen
del que al arcangel del peso
siempre sirve de alpargate.»

Tal es Polo de Medina
por su estilo y su semblante;
el que escribió aquella fábula
del amor de *Apolo y Dafne*;
el que en doctas *Academias*,
tenidas bajo los sáuces
del jardin de los Fajardos,
dió sus primeros cantares;
aquel que pasó á la córte
y allí le admiraron grande
en el siglo de Quevedo,
de Calderon y Cervantes;
aquel que en sus verdes años
vivió derramando sales,
en la jácara graciosa
y en el epigrama fácil,
y luego fué sacerdote
de costumbres ejemplares
Ya viejo, volvió á su tierra,
y en el seno de esta madre,
sin una cruz que lo diga
yacen sus restos mortales:
que tambien algunas veces
son muy ingratas las madres.

VIII.

PERSONAJES DE LA HUERTA.

La reina Doña Isabel,
Segunda de las Españas,
con el Príncipe, que hoy reina,
y la princesa, su hermana,
hace ya catorce años,
que puso en Murcia su planta.

Era una tarde de otoño,
pero tan dulce y templada,
que del abril parecía,
mas bien que tarde, mañana.

¡Qué alegría! que placer
la población respiraba!

Las avenidas del Puente,
jardín de Floridablanca,
plaza da la Media Luna,
la Alameda, todo estaba
lleno de una multitud
ansiosa y entusiasmada.

Ni un balcon sin colgaduras,
ni una mezquina ventana
sin el nombre de Isabel
y las banderas de España.

Arcos de triunfo en las calles
cubiertos de verdes ramas;
y en la Plaza de los Toros,
airoso, lleno de estatuas,
con las insignias reales,
y las artes ensalzadas,

un grandioso monumento,
en el que puso la Fama
toda la lealtad de Murcia
con las coronas murcianas.

Fué un espectáculo grande
ver entrar la soberana:
cubierto el suelo de flores,
lentos los ojos de lágrimas,
ensordeciendo el espacio
los vivas que todos daban,
y elevándose hasta el cielo,
como bendita plegaria,
entre los gritos del pueblo
el sonar de las campanas.

Día feliz fué aquel día,
que no han borrado las páginas,
que despues hemos escrito,
con piedra negra, ó con blanca.

Toda Murcia vió en la reina
la magestad; nadie osaba,
ni alzar altaneros ojos,
ni decir torpes palabras:
que al fin era una mujer,
una señora, una dama,
con cuyo nombre vencieron
Espartero, allá eu Luchana,
Prim allá en los Castillejos,
y las banderas hispanas

vió por él á yá en Tetuan
el sol ardiente del Africa.

De las gentes que vinieron
á prosternarse á sus plantas,
sólo nombraré el convoy,
que vino de la Azacaya,
compuesto de seis personas,
iten más, una zagala,
que traía en una cesta,
cubierta de flores variadas,
los frutos mas exquisitos
que entonces la huerta daba.
—Era el primero el *perráneo*,
que nunca puede hacer falta
en lo que la patria exige
y el Ayuntamiento manda:
que responde del *partio*
en consumos y derramas,
en quintas, *rebulliciones*
y hasta en los cortes del agua.
—Era el segundo, un segundo,
que rabo de alcalde llaman,
tal vez porque va detrás
y como sombra acompaña
al perráneo en las funciones
que competen á su vara.
—Era el juez sobre acequero
el tercero en importancia,
cuyo cargo se reduce
á dar su fallo en las tandas,
en las horas que de riego
tiene tal ó cual ventana,
y en lo que toca al regante
del lodo que deja el agua
en azarbe, ó en acequia,
cuando toca de mondarlas.
—El *melistro* y rabo-alcalde
son un cuerpo con dos almas,

segun la jurisdiccion
á que sirve y acompaña.
—Es el otro el mayordomo,
el que protege y ampara,
y recoge la limosna,
al santo de la Azacaya.
El que paga al capellan,
el que rije, por la páscoa,
la hermandad, que va pidiendo
limosna para las ánimas;
el que preside los bailes
de la alegre Candelaria,
donde se rifa la *torta*
y las palomas sin mancha,
que recuerdan á la Virgen
humilde y Purificada;
el que, en dia de Inocentes
recoge pujas, y clava
el gorro de los pimientos
al que se rinde y se agacha.
—Y, finalmente, venia
mas derecho que una estatua,
él *cumplio*, que es persona,
que ha visto tierras lejanas.
Que ha *melitao* en Sevilla
«ande ha visto una zagala»
y «en las provincias» que dicen,
y mas allá de la Raya
del Portugal, y en el moro,
ande le pasó una chanza
con una mora, que el *probe*
se vido con unas ansias.....
Y cuenta del capitán
y el sargento, que le daban
muy buen trato, y le decian
pimentiquio, en son de guasa;
y cosas por el estilo,
muy largas para contarlas.
No hay que decir que iban todos
como á misa, con las capas;

y que la zagala iba
con la mantellina maja.

Cuando entraron en palacio,
ya las piernas les temblaban,
y medio muertos llegaron
á la primorosa estancia,
donde la reina y el rey,
con los príncipes, se hallaban.

Quiso romper el perráneo,
mas se le ató en la garganta

un nudo tan apretado
que no pudo dar el habla;
y cayendo de rodillas
los siete, con la muchacha,
por más que el rey y la reina
con amor les halagaban,
lo mismo que unos zagales
empiezan á verter lágrimas
y á darse golpes de pecho
con la mano muy cerrada.

EL
CARNAVAL MURCIANO

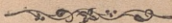
EN

1878,



POR

D. A. MEDINA ALMELA.



MURCIA, 1878.

Estab. Tipográfico de «La Paz»

ZOCO, 5.

R. 46999

SGOB202